

¡Adorada sea la Santa Faz de Nuestro Señor Jesucristo!

**IGLESIA CRISTIANA PALMARIANA  
DE LOS CARMELITAS DE LA SANTA FAZ**

Residencia: "Finca de Nuestra Madre del Palmar Coronada", Avenida de Jerez, Nº 51,  
41719 El Palmar de Troya, Sevilla, España.  
Apartado de correos de Sevilla 4.058 — 41.080 Sevilla (España)

Iglesia Una, Santa, Católica, Apostólica y Palmariana



**VIGÉSIMA CUARTA CARTA APOSTÓLICA**

**Glorioso Año Santo Palmariano del Quincuagésimo Aniversario de la Fundación  
de la Orden de los Carmelitas de la Santa Faz en Compañía de Jesús y María.**

**Las Vocaciones Religiosas**

Nos, Pedro III, Sumo Pontífice, Vicario de Cristo, Sucesor de San Pedro, Siervo de los siervos de Dios, Patriarca del Palmar de Troya, de Glória Ecclésiæ, Herald del Señor Dios de los Ejércitos, Buen Pastor de las almas, Inflamado del Cielo de Elías y Defensor de los Derechos de Dios y de la Iglesia.

Uno de los días más importantes en la Historia de la Iglesia Universal, fue el 23 de diciembre de 1975, cuando, por mandato de Nuestro Señor Jesucristo al vidente y Padre Fundador Clemente Domínguez, se fundó la Orden de los Carmelitas de la Santa Faz en Compañía de Jesús y María.

Ya que el próximo año 2025 es Glorioso Año Santo Palmariano del 50º Aniversario de la Fundación de nuestra Orden, es conveniente que demos a conocer a todos los fieles palmarianos algo de la grandeza de esta Orden y de sus Santos Fundadores.

Desde tiempos antiguos, la historia ha mostrado en muchos casos, que aquellos Santos que van a ser grandes Siervos de Dios con mucha importancia en su Iglesia, a menudo antes de nacer o poco después, dan indicios o señales manifiestas, por donde fácilmente se puede entender lo mucho que van a valer en la Casa de Dios y el fruto grande que van a producir en las almas con sus virtudes, vida y ejemplo.



Entre otros muchos ejemplos, está el glorioso Santo Domingo, Patriarca de la Orden de los Predicadores y Fundador del Santo Rosario. Se relata que estando su madre encinta, tuvo una noche un sueño prodigioso, en el que vio al hijo que llevaba en sus entrañas, figurado por un perro o cachorrillo, el cual tenía en la boca una antorcha muy encendida; daba de sí el hacha tanta luz y resplandor, que con ella alumbraba una gran parte del mundo. Por esta visión quiso Dios Nuestro Señor dar a entender a los padres de Santo Domingo, antes de que naciese, cual había de ser el infante que habían engendrado y el provecho que iba a hacer en la Iglesia, pues iba a ser un Predicador insigne, que eso significaba el perro que vio su madre: luz para muchas almas que, con su vida, doctrina y virtudes, y por medio del Santo Rosario, iban a salir de las tinieblas del

pecado y conocer la verdadera luz que es Cristo. Todo lo cual sucedió así como el oráculo divino lo había revelado. Otro ejemplo semejante a este tenemos en la vida del carmelita San Alberto de Sicilia pues, antes de su nacimiento, sus padres tuvieron una misma visión: vieron que del vientre de su madre salía una antorcha encendida, tan llena de luz y claridad que se comunicaba a muchas partes del mundo, como así sucedió.

En las Sagradas Escrituras hay otros muchos casos, como Samuel y Moisés; pero aquí lo que nos interesa es lo que cuenta San Epifanio, en el libro que escribió de las vidas de los Profetas, del primer discípulo de San Elías, el glorioso Padre carmelita San Eliseo. Dice este Santo Doctor que cuando nació en



Abelmehola, uno de aquellos becerros de oro que fabricó Jeroboán, rey del pueblo de Israel, y mandó poner en



el monte Betel para que allí, y no en Jerusalén, los hebreos adorasen a Dios, dio tan terribles y espantosos bramidos, que todos cuantos los oyeron quedaron admirados del suceso; fueron a Jerusalén, consultaron el caso con el Sumo Sacerdote del templo, y le pidieron que les dijese qué quería significar aquel prodigio. El Sumo Sacerdote les respondió: “Habéis de saber que hoy ha nacido en el pueblo de Israel un infante, el cual ha de ser hombre de singular virtud y santidad, será Profeta de Dios, gran celador de su honor; ha de destruir todos los ídolos que el pueblo adora y tiene por dioses; será cuchillo para los idólatras.” Lo cual sucedió así como el Sumo Sacerdote lo predijo y lo refieren las Sagradas Escrituras.

Otro tanto sucedió con nuestro Santo Profeta de Dios Elías, excelso Padre y Fundador de los Carmelitas. Antes de su nacimiento, el Profeta Ananí anunció a los esposos Sobac y Ana que su hijo Elías iba a ser espada flamígera del

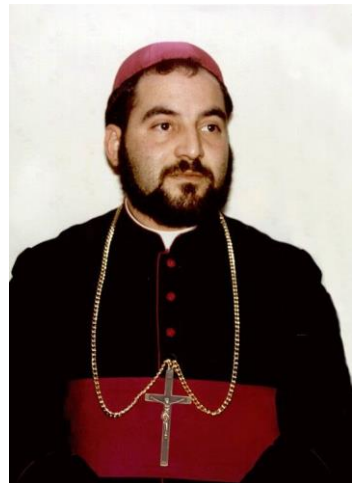
Altísimo, y que en el Monte Carmelo fundaría una familia espiritual que se extendería por todas partes. Nació en el año 4244 y desde los doce años de edad quedó en el Monte Carmelo al servicio de Dios. San Epifanio afirma en el libro citado, en la vida de San Elías – y viene autorizado con testimonios de los Santos Doctores y Padres de la Iglesia, y otros autores antiguos importantes y dignos de toda fe – que poco después del nacimiento de Elías, estando su padre, Sobac, en la ciudad de Tisbe, de donde era natural, que está en la provincia de Galaad al este del Jordán, tuvo una noche entre sueños una visión misteriosa: unos varones muy venerables, todos ellos vestidos de unos hábitos blancos como la nieve, los cuales con mucha cortesía y reverencia saludaban al niño recién nacido y, llegándose a él, le quitaban de los brazos de su madre y le daban a comer, en lugar de la leche que mamaba, unas ascuas muy encendidas que traían en sus manos. Admirado Sobac del sueño, pues le pareció que en él había



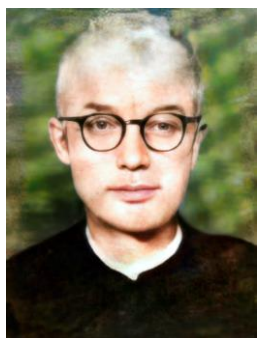
encerrado algún significado misterioso, se fue al templo de Jerusalén, contó lo que había visto al Sumo Sacerdote, rogándole que le diese la explicación; el cual encargándole guardar reserva, le declaró toda la visión, y le dijo: “Habéis de saber, que este oráculo divino que Dios os ha mostrado, quiere significar que este hijo vuestro que os ha nacido, ha de ser luz del Hijo Unigénito de Dios para las gentes; sus palabras, aunque breves, serán como un fuego: con ellas abrasará los corazones de los hombres que las oyeren, y declarará los Oráculos divinos más secretos y escondidos para los hombres; será juez del pueblo de Israel, y va a juzgarlo con fuego y con espada; esta es la visión y su explicación.”

También al fundador de los Carmelitas de la Santa Faz, Dios le señaló desde su infancia con un admirable prodigio, porque a Clemente Domínguez, cuando era niño pequeño, le llevaban un día cada semana a la casa de una tía suya en Sevilla para que le cuidase. Esa tía dio testimonio de que un día se extrañó al ver escrita en su lengua la letra ‘G’, y que la semana siguiente vio la letra ‘L’, y así sucesivamente durante seis semanas, hasta completar la palabra ‘G-L-O-R-I-A’,

que corresponde a su lema papal “De Glória Olivæ.” Dicha palabra se refiere a la gloria que dio a Dios y a su Santísima Madre continuamente durante largos años: primero, a semejanza de Santo Domingo, como el gran propagador del Santo Rosario Penitencial, pues con su predicación y ejemplo lo estableció en toda la Santa Iglesia; luego, como San Elías y San Eliseo, se enfrentó a los obispos y sacerdotes perversos que, abandonando la sana doctrina tradicional, llevaban al pueblo a las herejías del modernismo y, ya como Papa, haciendo uso de su espada flamígera, les retiró todos sus poderes sacerdotales. Además, con el espíritu y celo de San Elías, fundó y dirigió durante treinta años la Orden de los Carmelitas de la Santa Faz en Compañía de Jesús y María, que da mucha gloria a Dios con sus Misas y divino culto, y con la vida consagrada de los religiosos, y que es la auténtica continuación de la Orden fundada por San Elías en el Monte Carmelo, y la única que permanece después de la apostasía de Roma. Aparte de todo esto, esclareció extensamente la doctrina y la moral de la Iglesia, a mayor gloria de Dios y bien de las almas. Para cumplir su altísima misión de mantener firme la Iglesia fundada por Nuestro Señor Jesucristo en medio de la gran apostasía general y la consecuente corrupción que impera en el Universo, el Papa San Gregorio XVII llevó a cabo una labor difícil, heroica y comprometida, rigiendo la Iglesia con justicia, rigor y fortaleza, usando incluso, cuando fue necesario, la Espada Flamígera de Elías, para que la Iglesia no decayera en su celo doctrinal, disciplinario y apostólico. Siendo Papa, enseñó la Doctrina de la salvación mediante sus magistrales Documentos



Pontificios, sus admirables Sermones, y los Documentos de los Santos, Magnos y Dogmáticos Concilios Palmarianos, aprobados por Él; y con justa y santa intransigencia exigía a todos los miembros de la Iglesia, el cumplimiento de las obligaciones concernientes a la Fe, Doctrina y Moral palmarianas.



De los antiguos Sacerdotes carmelitas, sólo uno sobrevivió a la apostasía de la iglesia romana y murió santamente como Carmelita de la Santa Faz en la Iglesia Palmariana, y fue el Padre José María de la Santa Faz: En el siglo se llamaba Juan Herman (Johannes Hermanus) Dissel, y nació el jueves 6 de mayo de 1897, en Delden, Holanda. Ingresó religioso carmelita, llamado Fray Benigno, fue misionero en Brasil desde 1920, y ordenado Sacerdote el 6 de agosto de 1922. Varias veces tuvo el cargo de superior en los conventos de su orden en Brasil. Ingresó en los Carmelitas de la Santa Faz, en Brasil, el viernes 16 de julio de 1982, a los 85 años de edad, con el nombre de Padre José María de la Santa Faz. Nunca viajó al Palmar de Troya. Vivió los últimos meses de su vida en la casa del misionero de entonces, donde sufrió mucho y fue muy abandonado por los que le cuidaban. Murió habiendo recibido los Santos Sacramentos, el sábado 30 de abril de 1983, una semana antes de cumplir los 86 años. También hubo una monja, Santa María Ester de la Santa Faz y del Niño Jesús, que era religiosa carmelita antes de ser palmariana.



Las doce estrellas que están sobre todo el escudo carmelitano, son para dar a entender que la Virgen María, significada por ellas, es la Patrona y Madre de esta orden religiosa, que como estrella la va guiando y, con divinas influencias, favores y gracias, la va ennobleciendo y enriqueciendo cada día, para que dure, y permanezca hasta el fin del mundo, como lo reveló a San Pedro Tomás. Todo lo cual comprueba la experiencia de muchos años y siglos ser así; pues desde Elías hasta hoy, no han faltado en la Iglesia conventos de religiosos carmelitas que hayan servido y glorificado a la Virgen, como Protectora y Madre de esta Orden. Y Ella como verdadera Madre, desde aquellos tiempos en que fue plantada en el Monte Carmelo hasta hoy, siempre la ha ido guiando y defendiendo de las grandísimas persecuciones que ha tenido, librándola de crueles enemigos que la han perseguido; ayudándola para esto con gracias extraordinarias, con singulares mercedes, y alcanzándole de su Hijo notables privilegios, traídos y comunicados por su propia mano, desde el Cielo a la tierra. Con estos privilegios, resplandece en



la Iglesia de Dios y se señala entre todas las demás órdenes religiosas que hubo hasta la gran apostasía de Roma, cuando las otras órdenes cayeron.

Veamos una revelación que la Virgen María hizo a San Pedro Tomás, Patriarca de Constantinopla y mártir de Cristo en 1366, por la cual le prometió que la Orden del Carmen había de durar hasta el fin del mundo. Mucho habría que decir y escribir de las virtudes y obras heroicas de este glorioso Patriarca, honra de la Orden Carmelitana. De los innumerables favores que de la Virgen María recibió, solo referiremos uno entre muchos, por donde se verá manifiestamente cuán amado, estimado y favorecido fue de la Virgen Soberana, María, Nuestra Señora. Sobre todas sus devociones, de la que más se preciaba era de ser devotísimo de la Virgen María; y así, para mejor servirla y agradarla de todo corazón, ingresó en un convento de Nuestra Señora del Carmen en Francia. Luego que recibió el hábito de la Virgen María, le dio muchas gracias por haberle cumplido sus deseos, y se propuso comenzar desde aquel día a servirla con especial cuidado; y la sirvió con tanto fervor que todo el tiempo le parecía corto para darse a la oración, mortificación y penitencia. Deseaba tener una pureza de Ángel, y con este fervoroso deseo acudía a los ejercicios de virtud con tanta hambre y sed de Dios, que se veía cada día el fruto copioso de sus buenos ejercicios. Estudiaba cómo podría mejor imitar a Cristo crucificado y afligido por su amor, y deseaba con grandísimas ansias las virtudes de su Benditísima Madre la Virgen María. Enderezaba todas sus obras, pensamientos y palabras a su servicio, y a la salud de las almas; era muy dado a la oración y contemplación de las cosas celestiales, oraba con grandísima atención y recogimiento interior. Era tan devoto y celoso del bien de su Orden, y en tan alto grado, que no había ningún día que no hiciera particular oración a la Madre de Dios, Patrona singular de esta Orden del Carmen, suplicándole que se dignase rogar a su Gloriosísimo Hijo por el crecimiento de ella; y si era su deseo, y convenía así, le manifestase el estado futuro que había de tener en los siglos venideros. Hacía de



ordinario esta oración con tanta fuerza y fervor de espíritu, que parecía que el corazón se le salía del pecho. Estando la noche de Pentecostés con unos deseos inflamados en el amor de Dios, vehementemente suplicaba a la Soberana Reina de los Ángeles, como otras veces solía, por el crecimiento y próspero estado de su Orden, que tuviese a bien aumentarla, y dilatarla, para que fuese estimada de todos. La Virgen Soberana oyó sus devotas oraciones, y apareciéndole le dijo estas palabras: “Confía Pedro, que la Orden mía del Carmen ha de durar hasta el fin del mundo, porque su fundador, el Profeta Elías, cuando en la Transfiguración de mi Hijo se apareció en el monte Tabor, rogó por su Orden, y alcanzó de Él esta gracia, que durase y permaneciese hasta el día último del mundo.” Con esto desapareció la Virgen, dejando el corazón de su siervo lleno de un consuelo celestial. De esta revelación, del modo que la hemos referido, han hecho mención muchos autores antiguos y sabios, cuyos testimonios podíamos traer aquí en citas, pero baste por ahora referirnos a dos: el uno de San



Orígenes, autor muy antiguo, el cual, tratando de Moisés cuando se apareció en la Transfiguración de Jesucristo en el Tabor, para testigo de su gloria, dice que pidió por su pueblo, suplicando a Nuestro Señor que cuando se acabase la conversión de la Gentilidad a la Iglesia, que será al fin del mundo, que no se olvidase su Majestad de su pueblo, sino que usase con él de su acostumbrada misericordia. Moisés hizo esta oración a Dios, rogando por su pueblo en el Tabor, y alcanzó lo que pedía, siendo aquel pueblo tan rebelde e ingrato como todos sabemos. Pues quién duda que el Santo Profeta Elías rogaría y pediría por su Orden de los Carmelitas, sus hijos, pues él era su Padre, el Primer Fundador, y ellos hijos tan fieles y agradecidos, que de día y de noche estaban ocupados en servir al Señor, cantando, y orando en el coro, y predicando sus divinas alabanzas en el púlpito.

Otro testimonio que tiene mucha autoridad es una revelación de la gloriosa virgen Santa Hildegarda, monja de la Orden de San Benito, cuyos escritos fueron aprobados por el Sumo Pontífice San Eugenio III. Casi un siglo antes del suceso, ella profetizó la venida a Europa de los Carmelitas desde el Oriente, donde entonces estaban; y, sobre la duración de la Orden, profetizó que los Carmelitas, habiendo sido los primeros, serán también los postreros.

Todas estas profecías se han cumplido admirablemente en los Carmelitas de la Santa Faz. Desde el principio, la Orden del Monte Carmelo ha sido siempre por excelencia la Orden de la Madre de Dios.

San Juan de Jerusalén explica la visión que tuvo San Elías de la nube que subió sobre el Monte Carmelo y dice que Elías conoció por revelación divina que el Hijo Unigénito de Dios se había de hacer hombre, y que la Virgen

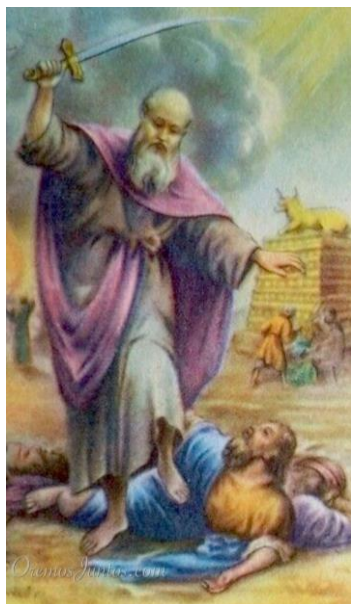


le había de dar a luz, siendo Pura e Inmaculada, antes del parto, en el parto y después del parto; y luego dice que desde entonces se ha honrado la Perpetua Virginitad de la Santísima Virgen en la Orden del Carmelo. Desde el momento en que San Elías tuvo aquella visión, determinó fundar una orden religiosa consagrada a la Madre de Dios, en la cual los profesos de ella tuviesen por fin, y motivo principal, honrar y venerar a la que había de ser Madre de Dios, Pura y Virgen en cuerpo y alma, y así dio principio a la orden religiosa en el Monte Carmelo, con los tres votos esenciales, de pobreza, obediencia y castidad, novecientos años antes de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María. Según refieren historias auténticas, el Santo Profeta Elías tuvo una conformidad muy singular con la Virgen María; y la razón es (dice el erudito Doctor Tomás Valdense) que Elías fue el primero que entre los hombres guardó castidad en la vida religiosa y la enseñó a guardar a otros bajo voto y dentro de una Orden Religiosa dedicada a servir a Dios y a su Madre Santísima, además de otras ceremonias de observancias santas y devotas. Así la Virgen Santísima María fue la que le enseñó a guardar la castidad en la vida religiosa. Y en aquella visión, Elías tuvo noticia singular de que la Virgen María había de venir al mundo después de muchos siglos y había de ser Madre de Dios. Llegado el tiempo, cuando nació la Virgen María, los discípulos de Elías pronto la conocieron, y la honraron y veneraron con especial devoción. Las siguientes palabras fueron aprobadas por el Papa San Pablo V en 1609 para una lección del breviario para la

fiesta de la Virgen del Carmen: “Muchos varones seguidores de la orden monacal de Elías se convirtieron a la fe del Evangelio por la predicación del Bautista, recibieron la fe de Jesucristo, y fueron instruidos y dispuestos por el Bautismo de San Juan, quien fue verdadero sucesor (como Superior General de la Orden) en el espíritu y profesión del excelso Padre y Profeta Elías. Con particular devoción estos devotos varones comenzaron a servir a

la Virgen María, de cuya presencia, trato y comunicación merecieron gozar mientras vivió en este mundo; y después de su Glorioso Tránsito a los Cielos, edificaron un oratorio o capilla en el Monte Carmelo, en el mismo lugar donde Elías vio aquella nubecita misteriosa, la cual fue figura de la Virgen María.”

De todo lo dicho hasta aquí se ve clara y manifiestamente la merced grande, el favor singular que Dios hizo a nuestro Padre y Fundador de la Orden, el Santo Profeta Elías, pues novecientos años antes que viniese al mundo, le dio noticia cierta y verdadera de su Madre; a la cual desde entonces San Elías eligió por Patrona y Abogada de toda su Orden Religiosa. El origen y principio de nuestra sagrada Orden fue en el Monte Carmelo, que está en la costa del mar Mediterráneo y a unos 25 kilómetros de Nazaret. Este sagrado monte fue habitación



y morada de los santos Profetas Elías y Eliseo, y después de los demás Hijos de los Profetas, sus discípulos y sucesores. En este monte vivió el santo Profeta Elías veintiocho años; aquí fue donde hizo todos los milagros que de él refieren las Sagradas Escrituras. Aquí tuvo aquella disputa tan sangrienta con los profetas falsos de Baal, sobre cuál era el verdadero Dios que habían de adorar; aquí fue donde pasó a cuchillo por su mano a los 450 profetas de los ídolos que Jezabel había traído de Tiro a Jerusalén; aquí hizo oración a Dios después de aquella gran sequía de tres años y medio, pidiendo a Dios agua, y fue tan eficaz su petición que abrió el cielo para que diese agua a la tierra, tantos días deseada. En el Monte Carmelo finalmente fue donde, inspirado por Dios, dio principio a la vida religiosa monástica, con los tres votos esenciales, en honor y reverencia de la Serenísima Reina de los Ángeles, la Virgen María, de quien supo, con espíritu profético, que había de nacer en el mundo, que en su Concepción Santísima había de quedar limpia de todo género de pecado, y que había de concebir en sus entrañas por obra del Espíritu Santo al Hijo de Dios, quedando siempre Virgen e Inmaculada.

Cuando decimos que Elías fue el autor primero de la Orden de Nuestra Señora del Carmen, hablamos de la Religión en sentido formal y riguroso, entendiéndolo por ella, una virtud moral, con la cual los Religiosos juntos, y congregados en comunidad, alaban y veneran a Dios. A esta virtud de Religión acompaña y sigue un modo de vivir religioso, separado, y distinto del de los que viven en el siglo vida secular. El modo de vida religioso, por medio de los tres votos esenciales, la Regla y constituciones, y otras santas ceremonias, de que de ordinario se usa en las Órdenes Religiosas, nos ata, y nos liga con Dios, a cuyo servicio y alabanzas todo se ordena, para que así mejor le sirvamos, y le amemos sobre todas las cosas criadas, y a los prójimos como a nosotros mismos.

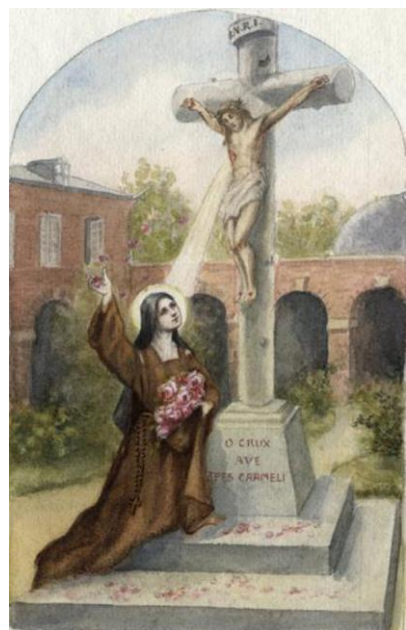
San Juan Crisóstomo, nombre que significa por excelencia ‘Boca de oro’ por su elocuencia singular, en un diálogo que hace de la dignidad de los Sacerdotes, dice estas palabras: “El santísimo Profeta Elías, celador y defensor acérrimo de la honra de Dios, fue la mina y la fuente original, de donde como de principio han nacido todas cuantas Órdenes Religiosas hay en la Iglesia, así de hombres como de mujeres; todas ellas son como arroyos que han corrido desde Elías hasta estos tiempos: el cual fue el modelo a cuya imitación los particulares fundadores han sacado a luz sus Órdenes.” La más antigua de todas las órdenes religiosas de la Iglesia, es la Orden de Nuestra Señora del Carmen, de la cual todas las demás tomaron su origen y forma de vida. Toda la perfección y la observancia regular que hubo en las Órdenes Religiosas, tuvo su principio del beatísimo Profeta y Padre Elías, porque él fue escogido por Dios para que, con su vida, ejemplo y penitencia, diese principio al estado monacal de los eremitas monjes, y religiosos de todas las Órdenes, que de él, como de fuente original, nacieron todas; y a imitación suya, siendo él el modelo y el dechado, se fundaron las demás Órdenes Religiosas, como muchos de los Santos Padres lo afirman en sus escritos.



La Orden de los Carmelitas se fundó e instituyó, como dice San Agustín, para honrar y venerar a la Madre de Dios: “Así como aquellos Santos Patriarcas y Profetas de la ley antigua para salvarse, con la fe cierta que tenían del Mesías, que había de venir al mundo en los tiempos venideros, le honraban y veneraban, así Elías y Eliseo, y sus discípulos y sucesores, reverenciaban y honraban al Hijo y a la Madre, y para este fin, en el Monte Carmelo fundaron su orden religiosa, en nombre de la Virgen María, para que en ella todos la honrasen y sirviesen, como Madre que había de ser de Dios.”

El Papa San Benedicto XII dice: “No os cause novedad el oír decir que esta Orden del Carmen es propia de la Virgen María, porque si nos atenemos a la verdad y damos crédito a las historias antiguas, dignas de fe, desde los tiempos de Elías y Eliseo – que moraban en el Monte Carmelo, junto a Nazaret, ciudad de Nuestra Señora – se fundó esta sagrada Orden de los Carmelitas para honrar y servir a la que había de ser Madre de

Dios, más de 900 años antes de que fuese concebida.” En el libro llamado Espejo de los Carmelitas, hay otro testimonio que concuerda con este, y dice así: “Viendo nuestro excelso Padre Elías a la que había de ser Madre del Verdadero Mesías, Esposa del mismo Dios, en figura de una nube que Dios le mostró en la cueva del Carmelo, en consecuencia se determinó a fundar una Orden Religiosa, que continuamente se ocupase en las alabanzas de esta Divina Señora, y desde entonces la eligió por singular Patrona y Abogada de toda su Orden.”



Y el Abad Tritemio añade: “Los frailes Carmelitas fueron los primeros que sirvieron a la Madre de Dios, y así no me sorprende de que la Virgen favorezca a esta Orden y la honre con particulares favores y gracias, por haber sido la primera que se instituyó, con el fin de servir al Hijo y a la Madre.”

La Orden de los Carmelitas de la Santa Faz, a la que todos los palmarianos pertenecemos por ser hijos de la verdadera Iglesia de Cristo, cumple en este tiempo apocalíptico la transcendental misión de mantener viva la pureza e integridad de la Fe y Doctrina verdaderas, la observancia de la Ley de Dios y las santas costumbres. Así como la Orden Carmelitana, en la antigüedad, preparó la Primera Venida de Cristo como Mesías, actualmente la Orden Carmelitana, con el nombre de Carmelitas de la Santa Faz, prepara la Segunda Venida de Cristo, para juzgar a todos y establecer el Reino Mesianico. La Orden de los Carmelitas de la Santa Faz vive en continua lucha contra las herejías y corrupciones actuales.

Por su misión, la Orden del Monte Carmelo, en estos Tiempos Apocalípticos, es de capital trascendencia para la Iglesia. La Orden Carmelitana, a la que tenéis el alto honor de pertenecer, unos como miembros religiosos y otros como miembros terciarios, es una Orden Religiosa de

peculiar militancia al servicio del Señor Dios de los Ejércitos, y por eso es llamada también la Orden de los Crucíferos. El fiel de la Iglesia Una, Santa, Católica, Apostólica y Palmariana, ha de hacer de su vida una constante cruzada en defensa de la Fe Católica y de las santas costumbres, peleando contra Satanás y sus secuaces, pues un día tendrá que luchar tenazmente contra el mismo Anticristo y sus huestes infernales.

En consecuencia, los hijos de la Santa Iglesia Palmariana, como miembros militantes, deben ejercitar, con tesón y valentía, la milicia que ahora les corresponde, y así serán cada día más diestros para las batallas venideras. Además, un palmariano que no esté plenamente decidido a la lucha, perderá totalmente sus energías



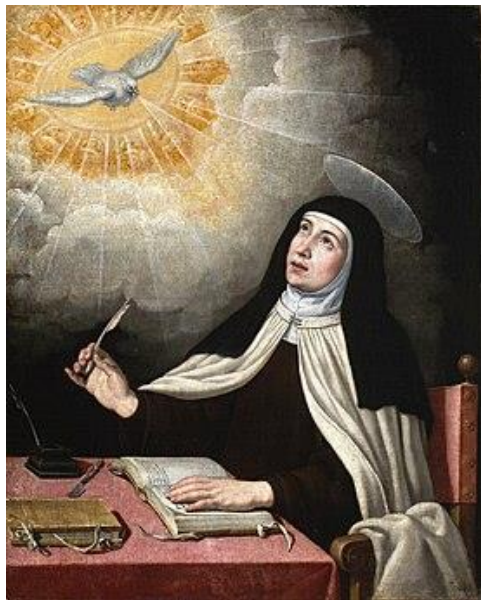
espirituales y sucumbirá cobardemente. Queridísimos hijos, vienen momentos difícilísimos para los palmarianos. Estad siempre muy preparados con la oración constante, el sacrificio generoso y la obediencia plena a la Santa Madre Iglesia, para salir victoriosos en los combates contra los enemigos de vuestra alma.

Echad una mirada fuera de la Santa Iglesia Palmariana, y veréis el caos que reina por todas partes, sobre todo en el orden religioso y moral. Muchos levantan atroces e infames calumnias contra la Iglesia Una, Santa, Católica, Apostólica y Palmariana, y la hacen objeto de burlas y sarcasmos; y esto se debe, en su mayor parte, al no poder soportar que un hombre tan sencillo como el Papa San Gregorio XVII o su actual Sucesor, con su vigorosa Autoridad Papal y su Infallible y Magistral Enseñanza, les manifieste que, irrefutablemente, es el Vicario de Cristo, y les tache de apóstatas, necios e ignorantes.

Este Año Santo es también para conmemorar otro aniversario, porque el día 2 de febrero de 2025, se cumplen 55 años de la entronización de la Santa Faz de Nuestro Señor Jesucristo en El Palmar. Referente a la Santa Faz, dijo el Santo Profeta Isaías: “Despreciado y el postrero de los hombres, Varón de Dolores, y que sabe de trabajos y padecimientos; y su Rostro como cubierto de vergüenza y despreciado, por lo que no se hace ningún aprecio de Él. En verdad, Él tomó sobre Sí nuestras enfermedades, y cargó con nuestros dolores: Y nosotros le reputamos como un leproso, y como un hombre herido por la mano de Dios y humillado.” Si la Santa Faz herida les parecía como un leproso, es que no le reconocieron. Aunque a primera vista puede parecer irreconocible, si nos detenemos a mirar bien la Santa Faz, se puede apreciar inequívocamente que es de Nuestro Señor, por su Dignidad Divina, por la humilde paciencia con que recibe los mayores tormentos, y por la paz y serenidad que manifiesta, pues la Divinidad y todas las virtudes resplandecen en su Rostro. La Santa Faz está mostrando claramente su Divinidad, pero los mundanos, por su ceguera espiritual, no lo ven ni lo quieren reconocer.

La Santa Iglesia Palmariana en su presente etapa, refugiada en el desierto del Palmar, es un reflejo de la Santa Faz. Esta Santa Iglesia, que en otros siglos dirigía los destinos del Universo, ahora no es reconocida por el mundo, sino que es despreciada, desoída, burlada y calumniada. Sin embargo, a pesar de las contradicciones, la Iglesia sigue fiel a su misión con serenidad y paciencia, a imitación de la Santa Faz, pues la fidelidad y santidad de la Iglesia se manifiestan mejor precisamente en medio de las tribulaciones. Para entender esto mejor, veamos el ejemplo del Santo Job.

Job, tatarabuelo del patriarca Abrahán, era hombre principal, sencillo, recto y temeroso de Dios, Quien le había dotado de todo aquello que, en el orden sobrenatural y humano, puede desearse en la Tierra para ser feliz; pues, además de sus siete hijos y tres hijas, poseía siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de



bueyes, quinientas asnas y muchísimos criados; por lo cual era un varón importante entre todos los orientales. Dentro de la familia, reinaba la paz y el amor. Enseñaba a muchos y fortalecía a los agobiados; sus palabras sostuvieron a los que vacilaban, y fortalecieron a los débiles; pues era varón íntegro y justo, temeroso de Dios, y apartado de todo mal. O sea, Job era como una imagen de la Iglesia Católica en los siglos anteriores a la decadencia causada por el modernismo.

Satanás, delante de Dios, acusó a Job de amar a Dios sólo porque Él le tenía protegido por todas partes en su persona y en sus bienes, y le había bendecido el trabajo de sus manos, y multiplicado así su hacienda sobre la Tierra, y dijo: ‘Pero, anda, deja sentir un poco sobre él la dureza de tu mano, y tócale sus bienes, y verás cómo maldice tu Nombre, y te despreciará en tu cara.’

Algo parecido sucedió a la Iglesia cuando en 1884, en tiempos del Papa San León XIII, Satanás, desafiando a Dios, dijo que él podía destruir la Iglesia y llevar todo el mundo al infierno si se le daba suficiente tiempo y poder. Satanás pidió permiso a Dios de tener 100 años para poder influenciar al mundo como nunca antes había podido hacerlo. En el caso de Job, le salió el tiro por la culata, porque el Santo de la paciencia, lejos de rebelarse contra Dios, decía: “El Señor me lo dio todo; el Señor me lo ha quitado: Se ha hecho lo que es de su agrado: Bendito sea el nombre del Señor... Si de la mano de Dios hemos recibido los bienes, ¿por qué no hemos de recibir también los males?... Dios sabe mi camino, y me ha acrisolado como el oro en el fuego.”

Igualmente en el caso de la Santa Iglesia, ahora han pasado 140 años desde que el Papa San León XIII oyó la espeluznante voz de Satanás desafiando a Dios, diciendo que él podía destruir la Iglesia y llevar todo el mundo al infierno si se le daba suficiente tiempo y poder, y el demonio se jactó que ya tenía medio destruida a su Iglesia, y que si tuviese más libertad la destruiría por completo. Satanás pidió más poder y tiempo para afligir y probar la fidelidad de su Iglesia. Y Dios en sus inescrutables designios, se lo concedió. Entonces San León XIII vio legiones de demonios que salieron del Infierno y como negras sombras invadieron toda la tierra durante un siglo. Comprendió el Papa la gran importancia que el Arcángel San Miguel tendría en la lucha y que era el destinado a encadenar y encerrar con las llaves del abismo a todos los demonios. También León XIII pudo comprender que si el demonio no lograba cumplir su propósito en el tiempo permitido, sufriría una derrota humillante. En realidad, esto es precisamente lo que ha sucedido, porque, en definitiva, los esfuerzos del infierno sólo han servido para purificar y santificar la Iglesia que, a imitación de Job, sigue mostrando su confianza en Dios, su fortaleza y su paciencia, sabiendo que en la medida que Dios prueba a los justos, y estos corresponden generosamente, será luego su recompensa eterna.

Antes de sus tribulaciones, San Job era un hombre principal, muy apreciado, que enseñaba el camino de la salvación eterna a las gentes y hacía muchas obras de caridad, y después de sus pruebas volvió a tener la misma nombradía y más; pero la mayor gloria de Job, ignorada por el mundo de su tiempo, fue su paciencia en medio de la pobreza, enfermedad y otras aflicciones, y su humilde aceptación de todo lo que le venía de la mano de Dios. La Santa Iglesia, que ha sido despojada de casi todos sus bienes materiales, por cuanto que los enemigos se han apropiado de todos los templos, catedrales, capillas y colegios, y, lo que es peor, ha perdido a millones de hijos que cayeron en la apostasía, bien pudiera repetir las palabras del afligido Job: “Ahora he venido a ser el objeto de irónicos cantares y de escarnios por parte de los hombres. Abominan de mí, y huyen lejos de mí, y no tienen reparo de escupirme en la cara. Porque



Dios abrió su aljaba, y me afligió, y puso freno en mi boca... He quedado reducido a la nada. Tú, oh Dios mío, has arrebatado como viento todo lo que yo más amaba, y mi prosperidad ha pasado como una nube. Y ahora, dentro de mí mismo se marchita mi alma, y me poseen días de aflicción... Soy reputado como lodo y asemejado al polvo y a la ceniza... Pues yo sé que vive mi Redentor, y que en el último día he de resucitar de la tierra.” Pero después de dejar Job ante el mundo el testimonio de su heroica paciencia, Dios le devolvió al Santo Patriarca la felicidad y prosperidad pasadas, pues le restableció la salud y le premió con bienes acrecentados dándole el doble de cuanto había tenido.



Así también, la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Palmariana, desde la fundación de la Orden de los Carmelitas de la Santa Faz, durante todos estos cincuenta años, aunque privada de todo su anterior esplendor ante el mundo, delante de Dios ha vivido unos años de mucha gloria, a imitación de la Santa Faz de Nuestro Señor Jesucristo, y también del pacientísimo Job. Los palmarianos deberían procurar con todas sus fuerzas, tener la misma disposición del Apóstol San Pablo, que decía a los gálatas: “Nunca Dios permita que yo me gloríe, sino en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por Quien el mundo está crucificado para mí, como yo lo estoy para el mundo;” es decir, porque yo aborrezco y desprecio al mundo, y el mundo también con efecto me aborrece y desprecia, tratándome como a un crucificado, que de

todos es tenido por infame y desdichado. Que Dios Eterno nos conceda tal disposición por su misericordia, para que seamos dignos de que nos llame a hacer y padecer cosas grandes para su mayor gloria. Por lo tanto, estos cincuenta años desde la fundación de la Orden han sido años de gran gloria para Dios y para su Iglesia, conforme a los lemas del primer Papa palmariano, De Glória Olívæ, y del Papa actual, De Glória Ecclésiæ.

Recordad la siguiente sentencia que el Santo Profeta Job dejó a la posteridad: “Milicia es la vida del hombre sobre la tierra”. En estos tiempos apocalípticos, las palabras del pacientísimo Job, las hemos de llevar a la práctica con el ímpetu que lo exige el caos religioso y moral reinante.

Este Año Santo del cincuentenario de la Fundación de la Orden debe dedicarse muy especialmente a la promoción de las vocaciones religiosas, sumamente necesarias en provecho de toda la Iglesia; ya que la vida religiosa, y sobre todo la religiosa sacerdotal, es el pulmón por donde respira



el cuerpo de la Iglesia Militante, la cual formamos todos los fieles palmarianos por nuestra comunión con la Cabeza Visible, que es el Papa y, a través de Él, con la Cabeza Invisible que es Cristo. Todos tenemos el deber de pedir insistentemente a Cristo, Nuestro Señor, para que envíe más sacerdotes que pastoreen la grey, como Él mismo dijo a sus Apóstoles: “La mies verdaderamente es mucha, mas los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe trabajadores a su mies”.

Veamos, primero, algunos de los Mensajes celestiales que recibió nuestro Santo Fundador en el tiempo de la fundación, promoviendo las vocaciones religiosas:

Día 6 de diciembre de 1975, el Señor: “Hijitos míos: Es necesario que vengan muchos Sacerdotes a quedarse voluntariamente en este Sagrado Lugar. No es necesario que Yo los llame. Debe salir de ellos venirse a este Sagrado Lugar. Estoy muy necesitado de muchos Sacerdotes para este Lugar. Tengo muchos proyectos y planes para este Lugar Sagrado. Pero, hace falta número

de Sacerdotes y de Apóstoles. Muchos de los Sacerdotes que vienen a este Sagrado Lugar, en las distintas llamadas, ya es hora que se decidan a quedar permanentemente en este Sagrado Lugar.

¡Qué ciego está el mundo! Aún no se ha dado cuenta de la grandiosidad de este Sagrado Lugar. ¡Pobrecitos! Llamad a los Sacerdotes de muchas partes del mundo, para que vengan a este Sagrado Lugar a quedarse para siempre... Aquí está el reducto de la Iglesia: un pequeño grupo que conserva viva la Fe y la Tradición de la Iglesia.... ¡Cuánto os amo! Estoy con vosotros, ¡adelante!”

Día 30 de noviembre de 1975. Nuestro Señor Jesucristo: “Es mi deseo la fundación de la Orden de los Carmelitas de la Santa Faz... Esta Orden de los Últimos Tiempos, que se prepara al recibimiento de mi próxima Venida. ¡Brillaréis como las estrellas en la tierra, para luego reinar conmigo en el Cielo! ¡Seréis la Orden Reparadora de los Últimos Tiempos!... ¡La Orden de los Carmelitas de la Santa Faz, los que acudirán a recibirme en mi retorno y reinarán conmigo! Y tendrán una Reina especial, a mi Santísima Madre, la Virgen María, Madre del Palmar y Madre de la Orden; y a San José, el Padre de la Orden.”



20 de diciembre de 1975. Nuestro Señor Jesucristo: “Mis queridos hijos: Llamo, también, a otros Sacerdotes de Galicia. Que lo hagan voluntariamente, que se establezcan en este Sagrado Lugar. ¡Comuniquénselo! Hay varios Sacerdotes de Galicia que ya podrían estar aquí. Es mejor voluntariamente. Me agradecerá mucho más.

Y, nuevamente, llamad a otros hijos de distintas Naciones; Apóstoles que quieran permanecer en este Sagrado Lugar, para hacer oración y penitencia. Tradúzcase a las distintas lenguas que estoy esperando Apóstoles voluntarios, para este Sagrado Lugar del Palmar de Troya: la Luz y la Antorcha en la Iglesia y para todo el mundo. ¡Qué poco se medita en la grandeza del Palmar de Troya! Verdaderamente, es baluarte. Aquí es la representación de una gran roca para ayudar a la Iglesia. Pero el mundo está ciego.”



22 de diciembre de 1975. Nuestro Señor Jesucristo: “Hijitos queridísimos: Desde hoy comienza para vosotros esta Orden que se prepara a la Segunda Venida de Este que os habla, Cristo Jesús. Sois vosotros, aquellos que permanezcáis firmes, los que me acompañaréis en mi Retorno a la Tierra. Vosotros, aquellos que seáis fieles a las Reglas, brillaréis más que muchos. Porque sois los Carmelitas de la Santa Faz. La Luz especial para la Iglesia, vendrá de esta Orden. Así que, desde este momento, queda constituida la Orden de los Carmelitas de la Santa Faz.

Hijitos queridísimos: En esta Orden Religiosa se darán grandes Santos y grandes Santas. Pero habéis de sufrir mucho: Persecución, aflicción y crucifixión. Debéis estar unidos a Mí en la Dolorosa Pasión en el Calvario. Tenéis que llevar mi Cruz en vuestros hombros. Porque, vosotros, seréis los llamados a restaurar la Santa Tradición de la Iglesia. Vosotros seréis estrellas luminosísimas dentro de la Iglesia. Algunos llegaréis a tener gran sabiduría para los Misterios Divinos. Y otros tendréis gran sabiduría para predicar al mundo. Todo lo lograréis con la oración y la penitencia, unido a la humildad y a la firmeza y energía.

¡Oh!, mis queridos hijos, mis Carmelitas de la Santa Faz: Sois pequeños y grandes al mismo tiempo. Mis queridos hijitos: No olvidéis que tendréis la protección especial de mi Santísima Madre, la Virgen María. Ella extenderá su Manto sobre la Orden Religiosa. Ella os acompañará en los momentos más grandes. Ella os acompañará en los momentos más decisivos. Ella estará con vosotros, vuestra Madre Celestial. Llevará la Orden Religiosa a todas partes del mundo. Porque, esta Orden, será de gran número. De momento sois pocos; pero se multiplicará y llegará hasta los confines de la tierra. Habrá muchas fundaciones en distintas ciudades de esta Orden Religiosa...

¡Oh, hijitos de mi Corazón, os llevo dentro de mi Corazón! Esta Orden naciente está muy dentro de mi Sacratísimo Corazón. Y estáis dentro de mi Corazón, porque ya habéis estado muy dentro del Inmaculado Corazón de María. Y estáis dentro de mi Corazón, porque amáis intensamente mi Sagrada Faz de Pasión, de Dolor. Así se alcanza entrar en mi Corazón de esta manera tan suavísima y tan profunda. Aquellos que aman mi Sagrada Faz con tanta devoción, encuentran las puertas de mi Corazón completamente abiertas. Tenéis cada uno de vosotros un trono dentro de mi Corazón. ¡Oh, los devotos de la Santa Faz, los que brillarán más que ninguno! Pero muchos no comprenden la devoción a mi Sagrada Faz. Por eso he querido constituir esta Orden Religiosa de Carmelitas de la Santa Faz, para que contagien al mundo a tener devoción a mi Sagrada Faz.



Religiosa de Carmelitas de la Santa Faz, para que contagien al mundo a tener devoción a mi Sagrada Faz.

He aquí esta Compañía de Fundadores que acaban de llegar.” (Aparecen los siguientes Santos y Santas:) “Francisco de Asís, Ignacio de Loyola, San Luis María Grignión de Montfort, Sor Ángela de la Cruz, Francisco de Paula, Juan Bautista de La Salle, Teresa de Jesús. Ellos os ayudarán, os protegerán. Serán vuestros Protectores. Como asimismo, Domingo de Guzmán, Estrella de la Iglesia. El gran San Jerónimo. Y, otros muchos, todos ellos serán vuestros Protectores.

¡Ah! Ahí llega San José. ¡Qué grandeza la de este hombre! ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! San José. Esta comunidad está llamada a extender las glorias de San José. ¡Qué Coro de Ángeles rodea a San José! ¡Cómo se ve que impera sobre los Ángeles! El más grande, después de María: José. He ahí San José, el Padre Protector de la Orden de los Carmelitas de la Santa Faz. María, la Madre; José, el Padre. Gran Modelo tenéis en San José. Tenéis los medios para alcanzar la Santidad. Si no la alcanzáis es porque no queréis.”

Día 25 de diciembre de 1975. La Santísima Virgen María: “No sabéis valorar la grandeza de El Palmar de Troya... Los sabios del mundo, por su soberbia, no comprenden la grandeza de este Sagrado Lugar. No

comprenden la crisis que vive la Iglesia en estos días. Una crisis de confusión, de error, de división, herejías, apostasía. La Nave anda recibiendo tempestades como nunca ha recibido. Sólo un pequeño grupo, en varias partes del mundo, conserva la integridad en la Fe, la Sana Doctrina. Hoy en día, que aparecen falsos pastores, falsos doctores, falsos profetas, la Iglesia sufre una de las mayores crisis de la Historia. Próximamente, la Iglesia vivirá un gran Cisma. Es necesario que El Palmar de Troya restablezca la Santa Tradición de la Iglesia, la Santa Doctrina, la Fe Católica. Mis queridos hijos: Luchad por la Iglesia, defended a la Iglesia. Sobre todo, conservad la Fe, la Doctrina, la Tradición, la integridad... Porque de aquí, de El Palmar de Troya, saldrá la Luz para la Iglesia. Son los preparados al encuentro del Retorno de Cristo.”

26 de diciembre de 1975. Nuestro Señor Jesucristo: “Mis queridos hijos: Estoy muy contento con esta comunidad. Mi Corazón salta de alegría al contemplar a estos hijos míos. Recibiréis gracias que no os imagináis ni pensáis. Podréis ser grandes en el Cielo, si os acogéis a las Reglas. Brillaréis en el Cielo muy próximo a mi Trono. Estaréis por encima de muchos, muchos santos, si sois firmes a las Reglas, si os ofrecéis a Mí en cuerpo y alma y entregáis vuestra voluntad. ¡Qué próximos de Mí estaréis en el Reino de los Cielos, rodeando mi Trono! Ni os imagináis los puestos que podéis ocupar alrededor mío en el Cielo. Podréis superar a los de la primera hora.



Porque, los de la segunda hora, que corresponde a mi Retorno, gozarán de una Gloria no imaginable por los hombres. Los de esta segunda hora, los de mi Retorno, serán los Apóstoles de los Últimos Tiempos, los que ocuparán los mejores puestos en el Cielo; a un palmo de María y José podréis estar, si sois firmes a la Orden de los Carmelitas de la Santa Faz, mi Orden amadísima. Cuya Orden queda grabada en lo más profundo de mi Sacratísimo Corazón, como un fuego de amor para extender por toda la Iglesia y por el mundo. Cada miembro de esta Orden Religiosa, simboliza un rayo que sale de mi Corazón para la humanidad. Pero es necesario firmeza, obediencia, humildad, castidad, pobreza, oración, penitencia. Y, en una palabra, entrega total en cuerpo y alma a vuestro Dios y Señor. Y consagraos a María, intensamente y profundamente, consagraos a María, pidiendo la intercesión de San José, el Santo más poderoso después de María. Tenéis que invocar a San José, porque Él es vuestro Padre de esta Orden. Así como María es vuestra Madre General, San José es vuestro Padre General; que visiblemente estarán representados por este pecador que tenéis delante, el Padre Clemente. Pero,

invisiblemente, son ellos, María y José, los Padres de la Orden. Esto es una gracia especialísima para esta Orden de los Últimos Tiempos. Y ésta es la Orden anunciada en tiempos remotísimos: la Orden vestida de saco. Vuestros hábitos simbolizan el saco. El hábito de la Orden de los Carmelitas de la Santa Faz, es el saco; en una expresión de penitencia. Esta es la Orden anunciada desde los antiguos tiempos. La Orden preparada a reinar conmigo, preparando el Retorno. Y otras muchas cosas os tengo reservadas, y os asombraréis. ¡Llamad a todas las

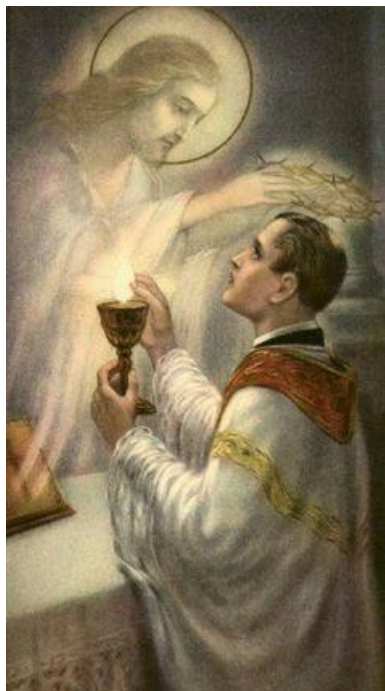


Naciones, que vivan esta Obra de El Palmar de Troya! Que vean con sus ojos, que oigan con sus oídos; que sientan en su corazón la Obra sublime y grande del Palmar de Troya: La Luz y la Antorcha de la Iglesia. La Obra de la Restauración de la Santa Tradición de la Iglesia.”

Día 10 de enero de 1976. Nuestro Señor Jesucristo: “No os imagináis la grandeza de esta Comunidad de Adoradores que tiene a los Ojos del Padre. Ni por un momento podéis pensar la grandiosidad de esta Comunidad de Adoradores Nocturnos a la vista del Padre. ¡Mis adoradores! ¿Dónde voy a tener un ejército mejor? ¿Dónde ya?, cuando los Conventos han abandonado la oración, la penitencia, la inmolación y la castidad. Han abandonado todo. ¿Dónde voy a tener un ejército de Adoradores? Aquí, en El Palmar de Troya, aquí está mi ejército de Adoradores; con sus defectos, sus debilidades, sus miserias... Pero, soldados.... Este es el Seminario, Seminario contra los falsos seminarios. Hijitos queridísimos: ha llegado la hora que de todas las Naciones, los que quieran ser sacerdotes aprendan en este seminario y ya verán qué resurgir de la Iglesia. Seréis vosotros los que acompañaréis al verdadero Papa en el momento del Gran Cisma.”

Día 27 de enero de 1976. Nuestro Señor Jesucristo: “Necesito muchos Obispos, más de los que pensáis. Ya que este rebaño ha de multiplicarse por toda la redondez de la tierra... Todos los Obispos de este Sagrado Lugar, son Obispos Marianos de estos Últimos Tiempos. Todos los cuales brillarán... Han de brillar los solideos episcopales, en este Sagrado Lugar, como las amapolas del campo.

Tened confianza, habrá muchos Obispos... Comienza el resurgir de la Iglesia en todo su vigor. Un día, el mundo se dará cuenta de la grandeza de El Palmar de Troya: La Cátedra de la Iglesia y del mundo aún brillará más en tiempos próximos... Es necesario más Sacerdotes. Elige los que veas mejores entre los Seminaristas que tienes. Hacen falta muchos Sacerdotes, muchos, muchos...



Vosotros sois los llamados a restablecer la Santa Tradición de la Iglesia y a poner en vigor el Colegio Episcopal, de acuerdo y en conexión con el Sagrado Colegio Apostólico de la primera hora de mi fundación eclesial.

Cuando llegue el día en que el Papa venga a este Sagrado Lugar, los enemigos trinarán de rabia y harán todo lo posible contra vosotros y contra el Papa. Mas, mi mano poderosa lo impedirá hasta que llegue la hora.

¡Tened confianza! La Santísima Virgen María está con vosotros. Su Manto os protege, os cubre, os guía y os pastorea. Clamad constantemente a la Virgen María. No olvidar ni un solo momento que Ella es Pastora de Pastores, Pastora Suprema...

Que el mundo se entere de verdad que existe El Palmar de Troya, y que su hora ha sonado. Y más que va a sonar. No andéis ninguno con cobardías. ¡Adelante! ¡Con fuerzas! Santidad, pero energía. No tengáis miedo a la publicidad. Lo importante es que hablen de El Palmar de Troya. Que el mundo sepa de su existencia. Que el mundo sepa que hay Obispos y Sacerdotes en El Palmar de Troya que restablecen la Tradición de la Iglesia. Cuando el mundo se entere, de muchas partes van a venir a este Sagrado Lugar.”

Día 31 de enero de 1976. Nuestro Señor Jesucristo: “Estoy muy contento con todos vosotros. Y también con todos estos Obispos y Sacerdotes, Religiosos y

Religiosas, por vuestra valentía, por vuestra energía y vuestro espíritu de guerrilleros, dispuestos a la batalla, la batalla del espíritu. Cosas mayores sucederán que asombrarán a la humanidad. Ha comenzado a resurgir la Iglesia. Pronto, muy pronto, estará el Papa con vosotros. Más pronto de lo que muchos piensan... Es mi deseo que sean ordenados Sacerdotes (algunos seminaristas)... Mas, ninguno de ellos tenga miedo. Pueden ser ordenados todos. Que el Espíritu Santo les guiará y se irán perfeccionando. Necesito muchos Seminaristas, ya que El Palmar de Troya ha de tener muchos Sacerdotes y muchos Obispos. ¡Más de lo que piensan! Es necesario un buen Colegio Episcopal... No os podéis imaginar la grandeza de El Palmar de Troya. Aún no habéis pensado la grandiosidad de El Palmar de Troya: La Cátedra y la Antorcha de la Iglesia.”

Es obvio que para la salvación del mundo entero, se necesitan más sacerdotes y religiosas. Mirad los primeros tiempos de la Iglesia, después de la Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo. Todos sus seguidores y discípulos tuvieron que esforzarse para dar un empuje a la difusión del Evangelio por el mundo, y entonces los que antes habían sido unos pobres ciegos, sordos, parálíticos, endemoniados o incluso algún muerto, mostraron su agradecimiento abrazando la vida religiosa y predicando el Reino de Dios. Por lo tanto, en estos tiempos, los que hemos recibido tantos beneficios de Dios y de su Madre Santísima, que nos han preservado de la apostasía general que hoy impera en el mundo, debemos también ser generosos en mostrarles nuestro agradecimiento.

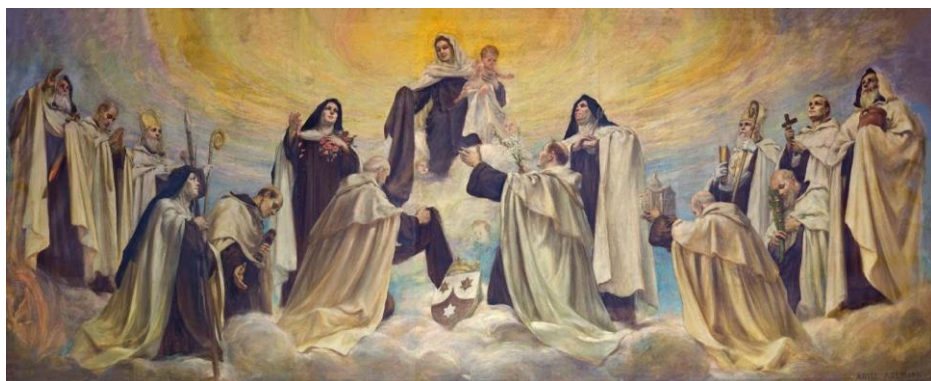


Es importante recordar que para aquella primera Evangelización, los Obispos y Sacerdotes fueron escogidos por el Papa San Pedro que, como representante de Cristo, les encargó la misión de predicar y extender la Iglesia, cooperando con los Apóstoles. El Sumo Pontífice es el encargado de proveer a toda la Iglesia de dignos Sacerdotes, Obispos y religiosos, para enseñar, gobernar y santificar a los fieles. Uno de los deberes principales del Papa es asegurar que haya suficiente número de ministros de Dios para satisfacer las necesidades de los fieles, y por lo tanto tiene que conseguir continuamente los candidatos requeridos para recibir las sagradas órdenes, además de reclutar suficientes religiosas que son esenciales, como corazón que son de la Iglesia. Este deber implica que el Papa tiene el derecho de tomar todas las medidas necesarias para conseguirlo, y por lo tanto tiene que encaminar e invitar, en nombre de Cristo, a los fieles a la vida religiosa.

La Iglesia tiene grave necesidad de sacerdotes y religiosas para cumplir con sus fines esenciales, porque la vida de la Iglesia depende del ejercicio del sagrado ministerio de los sacerdotes y de la vida de oración y sacrificio de las religiosas. Tengamos muy en cuenta que la vida religiosa no es sólo para conseguir la santificación y salvación de los religiosos, sino que es para conseguir también la salvación de otros muchos; porque muchas almas se pierden eternamente por falta de Sacerdotes o porque falta quien rece

por ellas. Es decir, que el religioso es como un soldado que abraza su profesión, no tanto por su propio honor, sino para extender el Reino de Cristo Rey, vencer a un enemigo odioso y salvar las almas de su nefasto poder.

A fin de persuadirnos mejor de la importancia de la vocación religiosa, citamos al Doctor de la Iglesia y gran místico San Luis de la Puente, para hablar de los bienes que encierra el estado religioso, y cuán eminente es este beneficio. Para comprender la grandeza de este beneficio, se han de poner los ojos en las miserias del mundo de donde saca Dios al religioso, y en las excelencias del estado en que le pone, y en los premios que en esta vida y



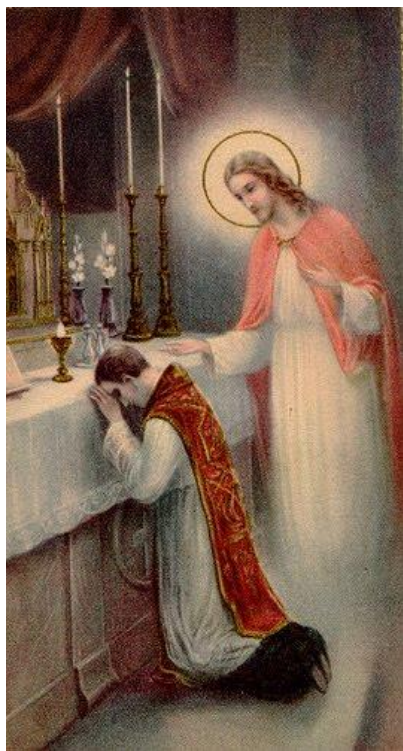
en la otra le promete.

Se ha de considerar que dentro de este mundo visible, que es bueno y hecho por Dios, hay otro mundo fundado en maldad, cuyo príncipe es el demonio, y cuyo empleo, como dice San Juan, es concupiscencia de la carne, y de los ojos, y soberbia de la vida. De suerte, que este mundo es una multitud de hombres rendidos al amor desordenado de los deleites

carnales, de las riquezas y de las honras vanas. De allí proceden las espinas de las culpas y congojas que punzan a los mundanos, ahogan la semilla de las divinas inspiraciones, y les ponen en grave peligro de ser después cebo de los fuegos eternos.

Este mundo malo tiene dos partes. La parte principal está fuera de la Iglesia, y es la multitud de los infieles, los cuales como carecen de fe, se deslizan en innumerables vicios, y viven de espaldas a Dios. Y de este mundo separa Dios Nuestro Señor, por su misericordia, a todos los fieles, poniéndoles dentro de su Iglesia, donde pueden salvarse. Pero aun dentro de la misma Iglesia, siempre ha habido pecadores que poseen, o pretenden con desorden, regalos, riquezas, y dignidades, con pérdida de la caridad, y con riesgo de su salvación; porque llevados de este amor, resisten al divino llamamiento, como resistieron los tres primeros que fueron convidados a la cena, y se excusaron, siendo para siempre excluidos de ella.

En medio de este mundo viven los justos seculares que poseen lícitamente estas cosas, los cuales también tienen gran peligro y grandes dificultades para vivir en gracia de Dios, por las ocasiones que nacen de los bienes temporales que gozan, por el mal ejemplo de los mundanos con quienes viven, y por las calumnias y molestias que reciben de los que pretenden aquello que ellos poseen.



De este mundo tan peligroso, saca Nuestro Señor por su misericordia a los religiosos, poniéndoles en un estado despojado de estas riquezas, deleites, y vanas libertades, para que vivan libres de los pecados y peligros que traen consigo. Y así tantos beneficios reciben de Dios en la vida religiosa, cuantos son los vicios y congojas que se ven en los que viven fuera de ella; por lo cual deben darle continuas gracias.

Muy grande es la bondad del Dulcísimo Jesús, que les ha dicho al corazón como a Abrahán: 'Sal de tu tierra, y de tu parentela, y de la casa de tu padre, y ven a la tierra que te mostraré.' Le deben dar cuantas gracias puedan, porque les sacó del fuego del mundo, para que no pereciesen abrasados en el fuego de sus codicias. Y ya que les alejó de este fuego, que no permita que se acerquen a él, sino que los abraze con el fuego de la caridad para que la codicia muera en ellos del todo.

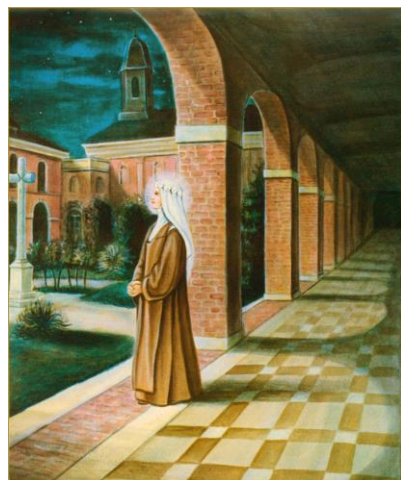
A veces la Divina Providencia, cuando algunos están apegados a las cosas que poseen en el mundo con peligro de perderse, si no quieren dejarlas voluntariamente por las inspiraciones amorosas con que los llama, suele casi forzarlos a que las dejen, permitiéndoles caer en penalidades, enfermedades y tentaciones, y a veces en graves pecados, para que tocando de cerca el peligro, procuren huir de él. ¿Cuántas gracias deben dar a su Padre amorosísimo por haberles compelido a entrar en su casa para huir del fuego que abraza al mundo, y por conservarles dentro de ella?

Se ha de considerar que el estado religioso encierra con gran excelencia los tres géneros de bienes que existen. El primero, es el bien honesto, que abraza todas las virtudes, así morales, como teologales, con los dones del Espíritu Santo. El segundo, es el bien deleitable que abraza la paz de Dios Nuestro Señor, que sobrepuja a todo sentido, y el gozo del Espíritu Santo, con los deleites que nacen de las obras de las virtudes. El tercero, es el bien

útil y provechoso que encierra los medios convenientes para conservar y aumentar la vida del alma, y alcanzar la vida eterna; y también los medios que ayudan para pasar esta vida temporal del cuerpo, con provecho del espíritu.

Todo esto se halla en la vida religiosa excelentísimamente; de modo, que podemos decir de ella, lo que dice el Sabio de la Divina Sabiduría: “Todos los bienes me vinieron juntamente con ella.” Y así es, que la vida religiosa es madre de todas las virtudes en su perfección; ella las cría y sustenta con la leche de su doctrina, y las hace crecer con los medios que pone para que se ejerciten sus actos; las encierra con los cerrojos de los votos dentro de su casa, para que no se vayan fuera de ella, y las levanta a tanta grandeza, que compiten con la angélica; porque, como dice San Basilio, la vida religiosa no es otra cosa que un traspaso del modo de vivir humano, al que tienen los Santos en el Cielo; y por la semejanza de lo que pasa en el Cielo, se puede conocer la vida que los religiosos profesan en la tierra. Porque acá toman posesión especial del Reino de Dios, que es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo, el cual con particular asistencia es Padre de todos estos géneros de bienes, de los cuales la vida religiosa es madre, llenando de ellos a sus hijos.

Todo religioso debe dar gracias a su Padre amantísimo por haberle traído a vivir en la casa de la santidad,



haciéndole hijo de la que es madre de las virtudes, para que se críe en ellas. Que oiga los consejos de su madre, que reciba en el corazón sus palabras, que guarde sus preceptos, y vivirá, no la vida que solía, sino otra más que humana, una vida santa, alegre, pacífica, celestial y divina. Cuando comience a ejercitar lo que le manda, probará por experiencia lo que se promete. Verá que la vida religiosa es madre de la caridad, de la contemplación, de la templanza, etc., y de los deleites y provecho que de ella se siguen.

Para comprender mejor las riquezas inestimables de este estado, se ha de considerar el coloquio entre San Pedro y Cristo Nuestro Señor, que cuenta el Evangelio, cuando Pedro dijo a Jesús en nombre de los doce Apóstoles: “He aquí que nosotros todo lo hemos dejado, y te hemos seguido en el estado religioso, ¿cuál será, pues, nuestra recompensa?” Y Jesús les dijo: “En verdad os digo, que vosotros que me habéis seguido, si perseveráis hasta el final, cuando llegue el día de la resurrección universal, en que el Hijo del Hombre se

sentará en su trono de gloria, os sentaréis también vosotros sobre doce tronos y juzgaréis conmigo a las doce tribus de Israel. En verdad os digo que cualquiera que, por causa de mi Nombre, dejare casas o hermanos o hermanas o padre o madre o mujer o hijos o tierras, aun con los sufrimientos propios de la vida religiosa, recibirá ya en este mundo, cien veces más en casas o hermanos o hermanas o padre o madre o mujer o hijos o tierras; y después poseerá la vida eterna.” En esta pregunta y su respuesta se verá que la vida religiosa es un admirable acuerdo entre Dios y el hombre, por el cual el hombre se ofrece a hacer lo máximo que puede por Dios, y Dios ofrece excelentísimos favores y premios al hombre.

Primero, mirad lo que el religioso hace por Dios, según las dos cosas que dijo San Pedro: La primera es dejar por Él todas las cosas que se pueden dejar, porque con el voto de pobreza renuncia al dominio de los bienes temporales que tiene, y al derecho de tenerlos, y aun a la voluntad de pretenderlos;



de modo, que si todo el mundo fuera suyo, lo dejaría, contentándose con el uso de lo necesario para pasar la vida, y esto dependiendo de la voluntad del superior. Con el voto de castidad, renuncia a los deleites de la carne, no solamente a los ilícitos, sino a los lícitos del matrimonio, renunciando al derecho de tener mujer, hijos y familia. Y para conservar esta pureza de la carne, se ofrece a mortificarla con la penitencia, clausura y guarda de los sentidos.

Con el voto de obediencia renuncia a su propia libertad, ofreciéndose a negar su propio juicio y su propia voluntad, por hacer la de Dios y la de los superiores que en su nombre le gobiernan. Y para cumplir bien todo esto, deja su padre y madre, hermanos, amigos y vecinos, y su propia tierra, y está dispuesto a perder la salud y vida, si la ley de la caridad y obediencia lo pidiere. De donde se sigue, que el religioso ofrece a Dios de sí mismo y de todas sus cosas un perfecto holocausto, dándole, como dice San Gregorio I, todo lo que tiene, sabe y puede. Pero ¿os parece que es mucho ofrecer al Dulcísimo Jesús tal holocausto de nosotros mismos por su servicio, siendo que Él ofreció otro mucho mayor de Sí por nuestro provecho? Ya que Él renunció a todas las cosas de esta vida, por

remediarnos, razón es que nosotros las dejemos por servirle.

La segunda cosa es, seguir a Cristo Nuestro Señor, imitando cada uno, conforme a sus posibilidades, las esclarecidas virtudes que en Él resplandecieron y los consejos de perfección que nos enseñó, mirándole como a

dechado de vida, conversando con Él familiarmente en la oración, siguiendo a este Cordero donde quiera que vaya, sin perderle de vista ni alejarse de su compañía.

Y para que se vea lo mucho que estas dos cosas encierran, puedo aplicar a los religiosos lo que dice San Pablo de los Santos antiguos, porque con esclarecida fe salen como Abrahán de su tierra, y de la casa de su padre, y viven como peregrinos, esperando la Ciudad Eterna de Dios. Y como el mismo Abrahán, ofrecen en holocausto su hijo predilecto Isaac, degollando por el voto de obediencia su propia voluntad, por cumplir la divina, confiando que Dios podrá resucitarla con mejor vida de la que antes tenía. Y, como otro Moisés niegan la amistad del mundo, escogiendo vivir afligidos con los justos, antes que gozar los deleites de los pecadores; teniendo los desprecios que padecen por Cristo por riquezas preciosas, no haciendo caso de lo que dirán los hombres, porque tienen presente al Dios Invisible. Con esta fe salen de la tiranía del demonio, rompiendo el muro de dificultades que tiene la entrada en la tierra de la promisión eterna; tapan las bocas de los leones, que son sus pasiones; apagan el fuego de sus codicias; sacan fuerzas de flaqueza en las enfermedades; están fuertes en las batallas y tentaciones, y, siguiendo los pasos de su Capitán Jesús y de María Santísima, hacen vida tan excelente que el mundo no merece su compañía.

Cuando hubiere cumplido estas dos cosas como San Pedro en virtud de la fe y confianza en la gracia y omnipotencia del Salvador, puedo decirle: ¿Qué me darás por todo esto? Pero, no pretendamos servir al Salvador Dulcísimo principalmente por interés, porque bastante premio es servirle por ser Quien es; mas, para alentar nuestro flaco corazón, nos revela lo que quiere hacer por nosotros en premio de lo que nosotros hacemos por Él.

Luego veamos lo que hace Dios por el religioso, reduciéndolo a las tres cosas que prometió a San Pedro, por el orden que las dijo.

La primera, es darle en el día del juicio un lugar y trono excelentísimo, por el lugar que dejó en el mundo y tomó en la vida religiosa. De modo que, cuando los demás hombres han de comparecer ante el tribunal de Cristo para ser juzgados, estarán los religiosos con los Apóstoles sentados en tronos de gloria a modo de jueces, con un gozo y honra especial, por haber imitado al Juez en la pobreza, castidad y obediencia, y en las demás virtudes que nos aconsejó en su Evangelio, porque es amigo de honrar a los que le honran, y de ensalzar a los que se humillan por honrarle.

La segunda promesa es, darle por lo que dejó el ciento por uno, ya en esta vida. Y esta paga unas veces es al contado y en la misma moneda, porque, como enseña la experiencia, dejando una casa o heredad, un padre, hermano y amigo, o fiel criado, halla todas las casas, rentas y limosnas de la religión, y muchos centenares de personas que hacen con él el oficio de padre, hermano y amigo, y le sirven con más fidelidad que los seglares; y por la honra que dejó en el mundo, recibe sin pretenderla, la honra multiplicada cien veces. Y la Providencia especial de Dios, es cien mil veces más que todas las cosas que dejó, pues, ya que las dejó por su amor, Dios toma a su cargo darle las cosas convenientes, como se dijo, y como lo experimentaron los Apóstoles, a quienes dijo Cristo: “Cuando os envié sin bolsa y sin alforja y con un solo calzado, ¿por ventura os faltó alguna cosa?”

Y respondieron todos: “Nada.”

Otras veces la paga se hace en otra moneda más preciosa, dándonos, en lugar de las cosas que dejamos, tanto consuelo en haberlas dejado, que excede cien veces al que tuviéramos poseyéndolas; porque los deleites del espíritu exceden incomparablemente a los de la carne, y más gusto halla el perfecto religioso en la deshonra y pobreza, que el ambicioso y avariento en la honra y riqueza. Y para asegurarnos de esto, dijo el Salvador que nos daría el ciento por uno, junto con las persecuciones.

¿Qué gracias daremos al Padre amorosísimo por habernos traído a su casa? Pues de verdad vale más un día de vida religiosa que mil en otra parte; y más apreciable es ser despreciado en su casa, que vivir muy honrado en los palacios del mundo, porque no hay mayor honra y regalo que vivir bajo su amparo. ¿Qué podemos dejar por Dios, que no vuelva por ello el ciento por uno? Si dejo a mis padres, Él viene a ser mi Padre: si renuncio a las herencias, Él es mi herencia: y si dejo todas las cosas, Él es para mí todas las cosas. ¡Oh cambio celestial! ¡Oh trueque divino! Que el Señor me tome por suyo, pues con tanta liberalidad se da por mí.

La tercera promesa es de la vida eterna, añadiendo a lo que se promete a todos los fieles una especial providencia de encaminarles a esta vida por medios tan seguros, que la alcancen con más facilidad y con mayores ventajas. Por lo cual dicen los Santos que la perseverancia en la vida religiosa



es señal de salvación eterna; porque en premio de haber renunciado a su propio parecer y al gobierno de sí mismos, los gobierna Dios con especial cuidado para que alcancen su dichoso premio.

¡Oh alma mía, alégrate por haberte escogido Dios para este dichoso estado! Sea para ti la celda, un cielo, viviendo en ella con la pureza que viven los Ángeles en el Cielo; porque si perseveras en la vida religiosa fielmente hasta la muerte, de tu celda serás trasladada al Cielo, donde reinarás con Cristo por todos los siglos.

A veces Dios anima a ciertas personas dándoles una buena inclinación natural para la vida religiosa, para que tomen con gusto ese estado conforme a su Divina Voluntad. Pero mirad la suavidad de la Divina Providencia, que cuando falta esta inclinación natural para el estado y oficio que nos quiere encargar, nos da

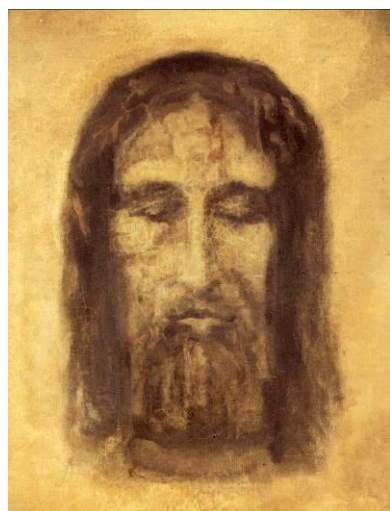


liberalmente inclinación sobrenatural, por medio de las divinas inspiraciones e ilustraciones, las cuales suelen descubrirnos tantas razones de utilidad en el estado y oficio, que aunque sea arduo y dificultoso, le hacen sabroso y fácil. Y así vemos por experiencia, que muchos por este toque de Dios, tienen vehemente inclinación a dejar el mundo, y abrazar el estado religioso, y el oficio trabajoso y humilde, con mayor gusto que otros abrazan otros estados y oficios de más dulzura y facilidad para la carne, porque la gracia suplente abundantemente lo que falta a la naturaleza. Y si alguna vez Nuestro Señor no da esta inclinación y gusto sensible en la elección del estado, por lo menos da razones tan eficaces, que convencen al entendimiento, y le hacen juzgar que le conviene tomarle, y la voluntad lo acepta con gran resolución, venciendo la repugnancia natural con la luz superior del espíritu.

El alma debe arrojarle en las manos de Dios, confiando que su Divina Providencia le dará gusto y consuelo en llevar la carga que le pusiere. Y si la carne no sintiera los gustos que apetece, basta que el espíritu sienta gusto en tener una única inclinación: la de hacer en todo la Voluntad de Dios, por todos los siglos.

Se ha de considerar también, la eficacia de la Divina Providencia en proveer de ayuda suficiente para cumplir con el estado y oficio que según su plan se escoge; porque a ninguno manda lo imposible ni quiere ponerle mayor carga de la que puede llevar, conforme a las fuerzas que tiene, y al caudal de gracia que le da. Y así a los Sacerdotes, por el Sacramento del Orden, les da el Espíritu Santo para llevar las cargas de su oficio; y a los religiosos da la gracia especial, conforme a las cargas que la Orden asigne a cada uno; y a los prelados y superiores da espíritu bastante para su gobierno. Cuando el gobierno es más pesado, tanto más copioso es el espíritu que les da. Así cuando Dios quitó a Moisés parte del gobierno del pueblo, le dijo que también tomaría de su espíritu y lo daría a los setenta ancianos que habían de ayudarle, como quien dice: Yo te daba caudal para toda esta carga, mas ya que das parte de ella a otros, daré a estos la parte de ayuda que te daba a ti, para que puedan llevar la parte de su carga. De donde se sigue, que tan fácil me será por la Providencia de Dios llevar la carga doblada, como la sencilla, porque en ese caso me dará fuerzas dobladas para llevarla.

Y así con gran fervor puedo decir a Nuestro Señor: Pruébame y abrasa mi corazón, cárgame con la carga de oficios y trabajos que quisieres, porque delante de mis ojos está siempre tu misericordia, y confío en tu fidelidad, por la cual estoy cierto que aumentarás las fuerzas, si aumentares los trabajos.



La Divina Providencia ordenó que dentro de la Iglesia hubiese conventos y órdenes religiosas, dedicados a su Divino Servicio, para fines muy altos y sublimes; veamos brevemente los más principales.

El primer fin es para que el convento o monasterio sea escuela de la perfección cristiana, pues ésta consiste en la perfecta caridad y unión con Dios, y con los prójimos; de modo todo se ordena para que se pueda cumplir el precepto del amor con la mayor perfección que se pudiere. Y por consiguiente, el convento es casa de la caridad, linaje de los que buscan a Dios, morada de los que viven en unión, y congregación de los hijos de la Divina Sabiduría, cuya nación y condición es obediencia y amor.

Segundo fin; de aquí es que el convento sea también escuela de la imitación de Dios y de Cristo, en el cual los religiosos se esfuerzan por imitar las virtudes ejemplares de Dios, procurando ser perfectos, como su Padre Celestial lo es, y también imiten al mismo Cristo, guardando no solamente sus preceptos, sino también sus consejos al modo que Él los guardó; además es para imitar a la

Santísima Virgen María que es modelo insuperable de toda perfección religiosa.

El tercer fin es para que el convento o monasterio donde se vive la vida religiosa fuese casa de refugio, donde los fieles se recogiesen, huyendo los peligros del mundo, y asegurasen más su salvación, por los

poderosos medios que para esto tiene, para huir de las culpas y ocasiones de ellas, y para ganar las virtudes con perseverancia hasta la muerte.

El cuarto fin es para que el convento sea casa de recreación para Dios Nuestro Señor, en medio de la tierra, y su paraíso de deleites; porque como sus delicias son estar con los hijos de los hombres, y sobre todo con los sencillos y humildes de corazón, dispuso su providencia que hubiese una casa particular de algunos especiales amigos y preferidos con quienes conversase y se recrease, dedicándose ellos a conversar familiarmente con Él;



y así el convento es casa de oración y retiro del Rey Celestial, a donde ingresa a sus hijos más queridos y les descubre sus secretos.

El quinto fin es, que la vida religiosa fuese como el candelero de la Iglesia, y como ciudad puesta sobre un alto monte, para dar luz a los demás fieles, así luz de doctrina como de vida ejemplar, la cual confirmase la verdad y pureza de la religión cristiana, y exhortase a todos a seguirla, y a glorificar a Nuestro Padre que está en los Cielos, cumpliéndose en los religiosos lo que dice San Pablo: “Vivid santamente en medio de esta generación mala y perversa, en donde resplandecéis como lumbreras al conservar la luz espiritual de la palabra de Dios que os ha sido predicada, y que os siguen predicando vuestros Sacerdotes.” Allí han de vivir sin queja como sinceros hijos de Dios, sin reprehensión en medio de la nación perversa de los hombres, entre los cuales resplandecen como lumbreras del mundo.

El sexto fin fue, para que el convento fuese el lugar destinado para conseguir muchos merecimientos y grandes aumentos de virtudes, de modo que los hombres subiesen a muy altos grados de gloria en compañía de los más aventajados Santos y Ángeles, por ser su vida más angélica que humana.

Cuando el Padre de Misericordias llama las almas a estado tan alto por fines tan sublimes, deben procurar que la vida no sea baja, sino que concuerde la alteza de la vida con la del estado, para mejor alcanzar la alteza de la gloria.

Si soy religioso, he de desear y procurar estos seis fines, parecidos a las seis alas de los serafines que vio Isaías, que son a saber, perfecto amor a Dios y al prójimo; deseo de imitar la perfección de Dios, de Cristo y de María; huir las ocasiones de culpas e imperfecciones para asegurar lo más que pudiere mi salvación; conversar familiarmente con Nuestro Señor; vivir ejemplarmente, para edificación de los prójimos; y crecer en las virtudes, hasta alcanzar grandes aumentos de gloria. Con estas alas volaré para cumplir las obligaciones de mi estado, confiando en la Divina Providencia que con su espíritu avivará mi vuelo.

Estos seis fines han de servir de reglas para conocer las vocaciones al estado religioso, porque las que son de Dios, siempre tienen como fundamento alguno de los motivos que están dichos; o sea, que ingresan en la orden para mejor alcanzar alguno de estos seis fines.

Los que son llamados de Dios para este estado, han de responder a su llamamiento, por ser grande la merced y favor que en esto les hace; y resistirle, es gran descortesía e ingratitud, y ocasión de grandes caídas: porque



quizás Nuestro Señor con su Eterna Sabiduría ha visto que este estado es el medio de su salvación; y si lo rechazan, habrá que decirles como a los convidados que no quisieron venir a su convite, que nunca más gustarán de su cena. Y lo que dijo al otro que dilataba seguirle: “El que después de haber puesto su mano en el arado, vuelve la vista hacia atrás, no es digno del Reino de los Cielos”. Y así con gran cuidado he de mirar si soy de los llamados, porque si consiento, será señal que soy de los escogidos; y si resisto, puedo temer que seré de los reprobados.

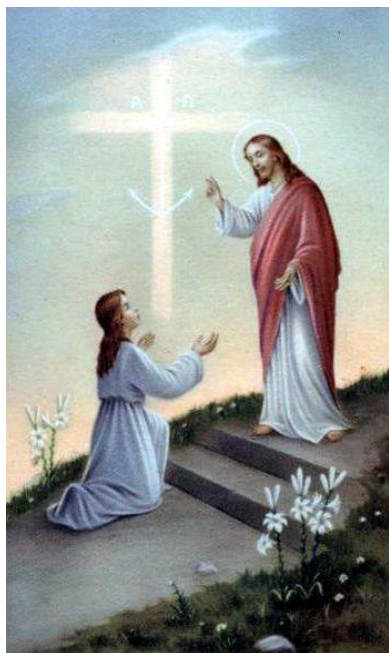
Cuando la Divina Providencia con especial predilección llama a uno para la vida religiosa, le inspira lo que más le conviene y lo que más le ayudará para su salvación y entera perfección; y resistir la voz de Dios es gran yerro, porque tranquila y fácilmente podrá alcanzar su fin si corresponde a la llamada.

Con sus fervorosas palabras y ejemplo, San Bernardo indujo a treinta compañeros a ingresar juntos con él en la vida monástica. Él y sus hermanos se despidieron de su familia, y cuando vieron a su hermano más pequeño, llamado Nivardo, jugando con sus amiguitos, el hermano mayor le dijo: ‘Mi querido hermano, ¿ves este castillo y todos estos extensos terrenos? Todo esto va a ser para ti, y para ti solo.’ ‘¡Qué!,’ replicó Nivardo, ‘¡Tomáis el Cielo



para vosotros, y a mí me dejáis este pedazo de tierra; el reparto no es equilibrado!’ Nivardo insistió en seguir a Bernardo y sus hermanos, para también alcanzar un rincón en el Cielo junto con ellos; y algunos años más tarde su anciano padre hizo lo mismo.

San Andrés Dotti se hallaba presente cuando el Prior General de los Servitas, San Felipe Benicio, predicó sobre la exhortación de Cristo: “Cualquiera de vosotros que no renuncie a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.” El fuego del santo predicador penetró en el corazón de Andrés Dotti, el cual fue inmediatamente a ofrecerse a San Felipe, convirtiéndose en un fraile servita. Aunque vosotros no podéis oír la sobrenatural elocuencia de San Bernardo ni de San Felipe para guiarnos a conocer vuestra vocación, lo podéis suplir siguiendo los consejos de San Ignacio de Loyola que ponemos a continuación, y que explican la manera de elegir el estado de vida que mejor te conducirá al Cielo.



Considerad el ejemplo que Cristo Nuestro Señor nos ha dado, primero en guardar los Mandamientos, estando Él sujeto en obediencia a sus Padres; y asimismo para la perfección evangélica, cuando se quedó en el templo dejando a sus virginales Padres, para dedicarse solamente al servicio de su Padre Eterno; con esto, contemplando su vida, comenzaremos a averiguar en qué tipo de vida o estado Dios se quiere servir de nosotros. Conviene que consideremos la intención de Cristo Nuestro Señor, y por el contrario, la intención del enemigo de la naturaleza humana, y cómo debemos escoger el estado de vida que Dios Nuestro Señor quisiera para nosotros.

A fin de impedir que el alma se engañe en la orientación de la vida, es preciso meditar sobre las dos banderas, la una de Cristo; la otra de Lucifer.

Considerad cómo Cristo, Sumo Capitán y Señor Nuestro, llama y quiere a todos bajo su bandera, y Lucifer, caudillo de nuestros enemigos mortales, al contrario, bajo la suya.

Pidamos conocimiento de los engaños del mal caudillo y ayuda para guardarnos de ellos, y conocimiento de la vida verdadera que muestra el sumo y verdadero Capitán, y gracia para imitarle.

Los secuaces de Satanás echan redes para tentar de codicia de riquezas, para que las gentes caigan en el vano honor del mundo y, llevados por las riquezas, los placeres y la soberbia, inducirles a todos los otros vicios.

Por el contrario, el sumo y verdadero Capitán, que es Cristo Nuestro Señor envió sus Apóstoles y discípulos por todo el mundo, a enseñar su Sagrada Doctrina, trayendo a todos a imitarle, en pobreza contra riqueza, en pureza contra lujuria, y en humildad y oprobio contra la soberbia; para que de estos tres escalones induzcan a todas las otras virtudes.

Pediré a Nuestra Señora para que me alcance la gracia de su Hijo y Señor, para que yo sea recibido bajo su bandera para servirle e imitar sus virtudes.



Debemos corresponder a la voz de la gracia en las cosas pequeñas, y así estaremos dispuestos a oír la voz de Dios en asuntos de importancia, y pedir la gracia para elegir lo que sea a mayor gloria de Dios y salud de mi alma.

Lo mejor es imitar a María Santísima, y solamente querer tomar estado según Dios Nuestro Señor te lo inspire en la voluntad y según sea mejor para el servicio y alabanza de su Divina Majestad; esforzándote en no querer cosa alguna, sino sólo aquello que sea la Voluntad de Dios para ti.

Si sentimos repugnancia contra la pobreza material, es muy provechoso meditar sobre el Sermón de la Montaña, que trata de las ocho Bienaventuranzas, y considerar las santísimas vidas y el ejemplo de Nuestro Señor Jesucristo y de su Madre Santísima.

Antes de hacer la elección, para que la persona se incline a la verdadera doctrina de Cristo Nuestro Señor, sirve mucho considerar bien los siguientes tres grados de humildad.

El primer grado de humildad, que es necesario para la salvación eterna, es: que me baje y me humille cuanto me sea posible, para que en todo obedezca la Ley de Dios Nuestro Señor, de tal suerte que, aunque me hiciesen señor de

todas las cosas creadas en este mundo, ni por la propia vida temporal, no quebrante deliberadamente un solo mandamiento, sea divino o sea humano, que obligue bajo pecado mortal.

El segundo grado de humildad es más perfecta humildad que la primera; es, a saber: si yo no quiero ni me inclino más a tener riqueza que pobreza, a preferir el honor al deshonor, a desear más la vida larga que la corta,

si es que esto es igual para el servicio de Dios Nuestro Señor y para la salud de mi alma; y que por todo lo creado, ni aunque me quitasen la vida, no caiga en cometer deliberadamente un pecado venial.

El tercer grado de humildad es la humildad perfectísima. A saber, cuando incluyendo la primera y segunda, por imitar y parecerme más a Cristo Nuestro Señor, quiero y elijo más: pobreza con Cristo pobre que riqueza, oprobios con Cristo lleno de ellos que honores, y deseo más ser estimado por vano y loco por Cristo, que primero fue tenido por tal, que por sabio o prudente en este mundo. Si deseas seguir de cerca a Nuestro Señor,



es de gran provecho pedirle que te elija en esta tercera mayor y mejor humildad, para imitarle y servirle mejor, si esto es lo que Dios quiere.

En toda buena elección, el ojo de nuestra intención debe ser simple, solamente atendiendo para lo que fui creado, que es para alabanza de Dios Nuestro Señor y salvación de mi alma; y así cualquier cosa que yo eligiere, debe ser para que me ayude al fin para el que fui creado, no ordenando el fin al medio, sino el medio al fin. No así como sucede, que muchos eligen como fin primero casarse, lo cual es sólo medio, y en el matrimonio tienen por secundario servir a Dios, lo que debe ser el objetivo y fin principal. Asimismo hay otros que primero quieren conseguir puestos y después servir a Dios en ellos. De manera que éstos no van derecho a Dios, sino que quieren que Dios venga a sus afectos desordenados, y, por consiguiente, hacen del fin medio y del medio fin. De suerte que lo que habían de elegir primero, lo eligen después; porque primero debemos poner por objeto querer servir a Dios, que es el fin, y secundario conseguir puestos o casarme, si más me conviene, que es el medio para el fin; así ninguna cosa me debe mover a tomar esos medios o a privarme de ellos, sino sólo el servicio y alabanza de Dios Nuestro Señor y la salud eterna de mi alma.

Es necesario que todas las opciones o alternativas, entre las cuales queremos hacer elección, sean buenas o indiferentes en sí, y permitidas por la Santa Madre Iglesia, y no malas ni repugnantes a ella. Piense cada uno que tanto aprovechará espiritualmente, cuanto negare su amor propio, su propio querer e intereses, y procure agradar sólo a Dios y a su Madre Santísima.

En la elección inmutable o permanente, de cosas como el sacerdocio, la vida religiosa, o el matrimonio, una vez que se ha hecho la elección, no hay más que elegir, porque no se puede desatar, y por lo tanto es importantísimo hacerlo bien y conforme a la Voluntad de Dios. Sólo hay que mirar que si no se hubiera hecho la elección debida y ordenadamente, esto es sin aficiones desordenadas; en ese caso, arrepintiéndose, debe tratar de vivir bien la vida que eligió. Una elección así no parece que sea vocación divina, por haber sido elección desordenada y torcida. Muchos en esto yerran, pensando que su torcida o mala elección es vocación divina; porque toda vocación divina es siempre pura y limpia, sin mezcla de carne ni de otro afecto alguno desordenado.



Para que de él salgan frutos notables y muy apacibles a Dios Nuestro Señor, es de mucho provecho hacer la elección debidamente. La elección es un momento del cual depende la eternidad, porque su acierto es de gran importancia para la vida eterna.

Hay tres maneras para hacer una sana y buena elección.

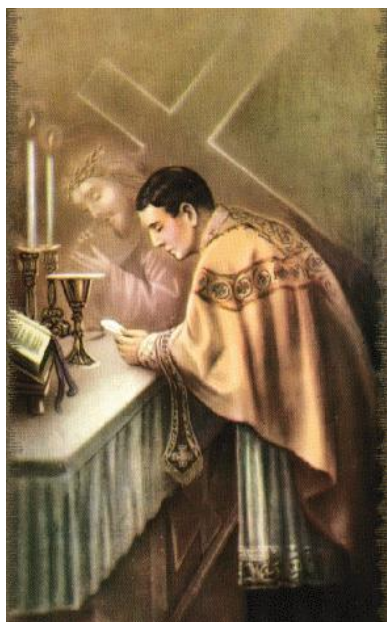
La primera manera es cuando Dios Nuestro Señor así mueve y atrae la voluntad, que, sin dudar ni poder dudar, esa alma devota sigue lo que le fue mostrado; así como San Pablo y San Mateo lo hicieron al seguir a Cristo Nuestro Señor; o como la Virgen del Buen Consejo llamó a San Luis Gonzaga.

La segunda: cuando se recibe bastante claridad y conocimiento por experiencia de consolaciones y desolaciones, y por medio de santas inspiraciones, y cuando hay luz clara y experiencia para discernir en todo esto la voluntad de Dios. Así ha sido la elección de no pocos jóvenes inocentes que, aventajados en dones de naturaleza y educados en el seno de familias cristianas, les previno el Señor con una inclinación constante a la perfección, y en este perseverante impulso solamente encontraron consolación y aprovechamiento.

Hay muchas personas que piensan equivocadamente que no tienen una vocación a la vida religiosa porque no han sentido la seguridad absoluta de esa gracia excepcional que recibieron aquellos dos Apóstoles San Pablo y San Mateo, ni tampoco experimentan las inspiraciones y consolaciones espirituales atrayéndoles de la

segunda manera. Esto no significa que no tengan vocación religiosa, sino que deben examinar su vocación en la vida y pedir luz para ver la Voluntad Divina. Tales personas pueden averiguar su verdadera vocación por el siguiente medio:

Esta tercera manera es reposada, considerando primero para qué fue creado el hombre, a saber, para alabar a Dios Nuestro Señor y salvar su ánima, y, deseando esto, la persona elije como medio para obtenerlo una vida o estado dentro de los límites de la Iglesia, que sea de provecho para el servicio de su Señor y la salvación de su alma.



Además, el fiel cristiano debe tener muy en cuenta las indicaciones que Nuestro Señor Jesucristo da a su Iglesia por medio de su Vicario, sobre todo ahora que el Papa está reclamando que hay una urgente necesidad de candidatos para la vida religiosa; entonces todos los fieles que tienen que elegir estado deben sentirse obligados a examinar bien si tienen la aptitud y cualidades necesarias para complacer al Señor en su petición y, si ven que es así, que pidan intensamente a la Santísima Virgen María que les dé generosidad y ánimo. El mundo moderno tiene muchos atractivos para seducir sobre todo a los más inteligentes y a los que mejores cualidades tienen para el sacerdocio, ofreciendo una carrera con riquezas, poder y placeres a aquel que, para tranquilizar su conciencia, elige ser ‘un buen fiel seglar.’ A veces los padres orientan a los hijos mejor capacitados a seguir una carrera en el mundo, y estarían dispuestos a dejar que algún hijo incapaz de ganarse el pan se hiciera religioso. Esto tiene el valor de los sacrificios del réprobo Caín, que guardaba lo mejor para sí y ofrecía a Dios lo peor. Los padres tendrían grandes méritos si cooperasen con Dios y con el

Papa, haciendo que sus hijos vean la grandeza de la vida dedicada al servicio de nuestro amante Creador, y enseñándoles los elementos de las virtudes necesarias, que son una imitación de la vida de María Santísima. Una gran obra de caridad es cuando una madre inspira en sus hijos el deseo del sacerdocio o de ser esposa de Cristo y, si lo hace con sinceridad y constancia, muchas veces esta caridad tendrá grandes resultados. No es cuestión de obligarles, sino de educar y sugerir; enseñarles la grandeza de la vida religiosa, el significado del sacerdocio, la gloria de entregar la propia vida al servicio de Cristo Nuestro Señor; la inigualable belleza y mérito de salvar almas que de otra manera perecerían eternamente, el mérito de predicar el Evangelio y extender el reinado de Cristo y María en la tierra. Los padres cumplirían bien con su deber de ‘dar hijos a la Iglesia’ si lograsen imbuir toda esta hermosa doctrina en su prole, y especialmente en los más capacitados y prometedores.

Dije que esta tercera manera de elegir es reposada, es decir, cuando el ánimo no está agitada y cuando puede usar sus potencias naturales libre y tranquilamente. Para ello, es preciso dirigir la atención al asunto sobre el que quiero hacer la elección, y tener por objeto el fin para que fui creado, que es para alabar a Dios Nuestro Señor y salvar mi alma, y con esto estar indiferente y sin ninguna afición desordenada, de manera que no esté más inclinado ni aficionado a tomar el estado propuesto que a dejarlo, ni más a dejarlo que a tomarlo; sino que me halle como en el medio de una balanza para seguir aquello que sintiere ser más provechoso en gloria y alabanza de Dios Nuestro Señor y la salvación de mi alma.



Pediré a Dios Nuestro Señor que se digne mover mi voluntad y poner en mi alma lo que yo debo decidir acerca de la cosa propuesta, que sea más para su alabanza y gloria, discurriendo bien y fielmente con mi entendimiento y eligiendo conforme a su complacencia y su Santísima Voluntad.

Consideraré el provecho que obtengo con tener el oficio o beneficio propuesto, para la sola alabanza de Dios Nuestro Señor y salud de mi alma, y, al mismo tiempo, consideraré los inconvenientes y peligros que trae consigo. Otro tanto haciendo lo mismo al revés, a saber: mirar

el provecho en no tener, y los inconvenientes y peligros en ese no tener.

Después de discurrir y reflexionar así sobre lo propuesto, debo mirar adónde se inclina más la razón, y así, según la mejor recomendación racional, y no según influencia sensual alguna, se debe hacer deliberación y decisión sobre la cosa propuesta.

El amor que me mueve y me hace elegir, debe ser el amor de Dios, de forma que el amor que tengo a lo que elijo es sólo por mi Creador y Señor.

Conviene imaginarme a una persona que nunca he visto ni conocido y, deseando yo todo su bien, considerar lo que yo le diría que hiciese y eligiese para mayor gloria de Dios Nuestro Señor y mayor perfección de su alma, y entonces yo debo cumplir la regla que pongo para este otro.

Consideraré también como si estuviese yo a punto de morir, qué decisión querría haber tomado en la presente elección, y ajustándome a aquella consideración, la haga ahora conforme a esa determinación. Y mirando y considerando cómo me hallaré en el día del juicio, pensar cómo entonces querría haber deliberado acerca de la cosa presente, y la decisión que entonces querría haber tomado, tomarla ahora, para que entonces me halle con entero placer y gozo.



Tomadas las reglas sobredichas para mi salud y quietud eterna, haré mi elección y oblación a Dios Nuestro Señor. Hecha la elección o deliberación, la persona que la ha hecho debe recogerse en oración, con mucha diligencia, delante de Dios Nuestro Señor y ofrecerle la elección para que su Divina Majestad la quiera recibir y confirmar, si es para su mayor servicio y alabanza, y pedir a la Virgen Santísima valor y ánimo para cumplirlo.

Así es como el fundador de la Compañía de Jesús, San Ignacio de Loyola, aclara las diligencias que el fiel cristiano debe realizar para averiguar la vocación que Dios le tiene preparada, y nunca decir a la ligera “no tengo vocación religiosa,” porque haciendo esto se pondría en peligro de dejarse llevar por sus inclinaciones naturales, por sus gustos y pasiones, y se apartaría miserablemente del beneplácito y de la Voluntad de Dios.

Exhortamos a todos los jóvenes a que pidan luz a nuestra Santísima Madre, la Virgen María, para que, como a San Elías, les abra de celo por el Señor Dios de los Ejércitos, les guíe a cumplir la Voluntad de Dios, y les dé a muchos de ellos la insigne gracia de vivir, trabajar y morir como miembros religiosos de la gloriosa Orden de los Últimos Tiempos, la Orden de los Carmelitas de la Santa Faz en Compañía de Jesús y María, cuyo quincuagésimo aniversario vamos a celebrar.

Dado en El Palmar de Troya, Sede Apostólica, día 4, Fiesta de Santa Teresa de Jesús Magna, Reformadora del Carmelo e insigne Protectora de los Carmelitas de la Santa Faz, octubre del MMXXIV, Año de Nuestro Señor Jesucristo y noveno de Nuestro Pontificado.

Con Nuestra Bendición Apostólica

Petrus III, P.P.

Póntifex Máximus

Petrus III P.P.